

HOMILIA EN LA MISA DE APERTURA DEL JUBILEO DIOCESANO CEUTA / 1 octubre de 2017

Dom 26 T.O. A / Ez 18, 25-28 / Sal 24, 4-9 / Flip 2, 1-11 / Mt 21, 28-32

*Alabado sea Jesucristo, presente en su Santa Iglesia.
R./ Sea por siempre bendito y alabado.*

Queridos hermanos: Comienza hoy el Año Santo Jubilar de nuestra diócesis de Ceuta. Estamos convocados, por Jesús, Señor de la gloria, porque somos el pueblo de su propiedad, un pueblo de reyes y sacerdotes. Hemos sido congregados para empezar juntos este camino, y reconocer, ante todo, la obra de Dios entre nosotros. Demos gracias a Dios por el don de esta Iglesia local cuya sede fue erigida en Ceuta hace 600 años, una vez liberada la ciudad por Juan I de Portugal, aunque existió anteriormente desde los comienzos de la iglesia.

Somos herederos de una larga historia de fe. Esto nos mueve a la gratitud y a la perseverancia. Nos alegramos de esta iglesia de piedras vivas de la que somos herederos y, con corazón agradecido, pedimos al Señor estar a la altura de nuestra misión hoy con responsabilidad. Celebrar la existencia de la diócesis es reconocer que pertenecemos a la Iglesia católica y que la misma fe, esperanza y caridad se ha mantenido entre nosotros y se ha multiplicado de generación en generación en fidelidad al magisterio pontificio, a los sacramentos que nos garantizan la gracia del cielo y a la evangelización. Somos, por consiguiente, hijos fieles de la Iglesia del Señor. En definitiva, la iglesia somos nosotros en Cristo, pues este Pueblo de Dios, en cuanto sujeto histórico, acontece en los fieles cristianos que viven en la comunión de la verdad, la gracia y el amor del Señor.

Redescubrir la belleza de la fe de la Iglesia y la alegría de creer puede ser el objetivo del Año Jubilar. Nuestra responsabilidad -muy grande, por cierto— es profundizar cada día en el seguimiento del Señor para ser discípulos y apóstoles, y comprometernos con la evangelización. Esta es nuestra vocación y el lugar de donde nace nuestra misión. Cada creyente está llamado a ser una pequeña iglesia, que no es una empresa, ni un sindicato, ni una sociedad anónima, sino una familia, la de Cristo y la de quienes quieren ser como él. ¿Qué es lo que hoy necesita la Iglesia, qué es lo que necesitamos todos a través de ella? Volver a Dios por encima de todo, que es rico en misericordia y perdona nuestros pecados, y Él nos transformará y nos llenará de su santidad. Lo que está en juego ante la conversión, como determina con precisión las palabras del profeta Ezequiel, es nuestra propia vida, nuestra salvación. Dios nos ha llamado y nos da la gracia, pero no podemos culpar a Dios de lo que corresponde tan solo a nuestra colaboración, a nuestra decisión libre y voluntaria. Nuestra conversión en este año jubilar es volvernos a Cristo y por él al Padre, confesando nuestros pecados, renovando la vida, viviendo la fe con una total entrega, con abandono, esperándolo todo de él, puesta toda nuestra confianza en él y en su voluntad, haciendo nuestro su mandato: “buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33). Pidámosle de verdad: ¡venga tu reino! ¡ven y reina plenamente en nosotros!

La Iglesia nos permite reconocer a Cristo mismo en ella, pues es su sacramento, el que hace al hombre de cada tiempo contemporáneo de Jesucristo y su interlocutor. En el encuentro con Cristo se da este diálogo insuperable entre la gracia y la libertad, y la Iglesia, instalándose en los corazones, llega a ser alguien que acontece en cada cristiano, según los diversos carismas y vocaciones. Ahora bien, Jesús clarifica en el evangelio de

hoy quienes son sus seguidores reales, no los cristianos nominales (como cuando dijo Jesús que “no todo el que dice Señor, Señor entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre”, Mt 7,21). Lo muestra con un ejemplo de la vida diaria, el de dos hijos que ante su padre han de decidir su lealtad. Nuestras respuestas pueden ser más aparentes que verdaderas (lo que se llama hoy de “postureo”), más o menos educadas, rutinarias, superficiales o incluso críticas o indisciplinadas, como aparentando más prestancia y convicción. Pero, si queremos ser discípulos y amigos reales del Señor, el camino a seguir es la obediencia de Cristo al Padre, la coherencia en hacer su voluntad, vivir en comunión con el, y firmemente unidos de mente, de corazón y de obra a su Iglesia, a su doctrina, a su liturgia, a sus normas que nos defienden y se expresan en su derecho. Jesús, por esto, alienta nuestra fe y nos auxilia con su gracia para que seamos dóciles a su amor, pues lo que está en juego es nuestra propia felicidad. Solo el evangelio vivido puede ser nuestra guía. En el nos hacemos moldeables a la voluntad del Señor, testigos de la verdad y apostólicos, llenos de caridad para consolar a los demás y del fuego del Espíritu Santo para promover el bien y la justicia según los criterios del evangelio y así, una sociedad nueva. Profundicemos, pues, en nuestra fe y seamos verdaderamente “fieles”. Por esto decía San Pablo: “Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con un mismo amor, si tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir” (Filp 2,1).

La clave de nuestra respuesta de fe está en hacer nuestros los sentimientos de Cristo que dio la vida siendo obediente a la voluntad de Dios. De esta docilidad activa y humilde hacen las actitudes cristianas, la concordia, la unidad, el mismo sentir en comunión con Dios y entre nosotros. La mirada a Cristo crucificado, que “siendo de condición divina se despojó de su rango, asumió la condición de esclavo, se rebajó hasta la muerte de cruz, y por eso Dios lo exaltó a la gloria” (Filp 2,7) nos da la perspectiva nueva para mirar este mundo dolorido con otros ojos, con ojos de misericordia sanadora. A nosotros nos queda hacer con fe y humildad lo que vemos en Jesús. Nuestro camino va por las sendas de la misericordia, por los caminos de la caridad, por las vías de una nueva evangelización. El testimonio de la caridad requiere asumir el amor crucificado de Cristo que da la vida. Muerte y vida se dan en la obediencia y en la entrega a los demás. Debemos salir al encuentro de los pobres y desfavorecidos, de los indigentes, los emigrantes, y promover la justicia; y de tantos heridos de la vida que esperan el bálsamo de nuestro acompañamiento y escucha, el alivio en sus necesidades materiales y espirituales, y, sobre todo el consuelo del amor de Cristo.

La hondura de la experiencia de fe se manifiesta en el testimonio, en anunciar a los demás el gozo del evangelio, lo que se convierte en una gran responsabilidad, pues la fe se expresa en la misión. Somos “cristoforos” y nos identificamos como portadores de Jesús al mundo y como seductores de esperanza. “¿Qué se dirá de nosotros? ¿Que hemos sido capaces de la esperanza, o quizás que hemos puesto nuestra luz debajo del celemín? Si somos fieles a nuestro Bautismo, difundiremos la luz de la esperanza” (Francisco, id.). Hermanos: no se trata de que la Iglesia tenga una misión, sino de que la misión de Cristo tiene una Iglesia, que somos nosotros, pues el se ha prolongado en nuestra carne y somos como sus manos y sus pies. Podemos hacerle presente y que llegue a todos o casi impedir que llegue a los que nos rodean. Pero para configurarnos como una iglesia de discípulos-misioneros, hemos de volver al amor primero. Solamente así, con eclesialidad, en comunión, con una fuerte espiritualidad, con una fe definida con identidad y coherencia

de vida, unidos en el apostolado y en la caridad, la vida y la palabra de esta Iglesia puede ser capaz de provocar la fe.

El futuro de la Iglesia está en Dios, está en su Señor Jesucristo. Puesto que la Iglesia es propiedad de Dios se nutre en nosotros de la escucha de la voluntad de Dios y acogiendo las mociones del Espíritu Santo, pero también asumiendo la mediación humana a través de los apóstoles y de sus sucesores. ¿Qué le dijo Cristo a Pedro? “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia” (Mt 16, 18). ¿Quién construye la Iglesia? Tan sólo Cristo. Nosotros, en el mejor caso, podemos ser herramientas en manos de Dios si somos servidores del Señor, pero nunca de lo políticamente correcto ni del espíritu mundano, por lo que es inevitable estar en permanente crisis, algo que ya nos advirtió el: “En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).

Como los apóstoles y con ellos en el cenáculo estamos llamados en este Año Santo a entrar en la corriente de gracia de un nuevo Pentecostés, clave para el anuncio profético de Cristo. El centro de gravedad de la historia se ha desplazado, está “aquí y ahora”, pues el reino está ya operante en la persona de Cristo. Ésta es la «nueva profecía» que inauguró Juan el Bautista, que consiste en revelar la presencia escondida de Cristo en el mundo, sacudiendo su indiferencia. Ahora bien, para dar testimonio de Jesús se requiere espíritu de profecía. Urge, pues, que seamos profetas de Dios, por pequeños que seamos, y suplicar que el nos conceda «fuego en el corazón, palabra en los labios, profecía en la mirada», que es lo que define el «perenne Pentecostés» que necesita la Iglesia -como decía el Beato Pablo VI—. Hemos de ser, con la fuerza del Espíritu Santo, apóstoles ardientes y apasionados que deseen revitalizar la sociedad con la alegría de la Pascua y la audacia de Pentecostés.

Junto a la Cruz de Jesús está siempre su madre María. La “llena de gracia”, preside este jubileo de gracia. Ella ha acompañado a sus hijos en este “valle de lágrimas” durante siglos confortando a todos como signo de que podemos vivir en la historia “la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano” (LG 1). Con ella proclamamos la grandeza del Señor y nos alegramos en Dios nuestro Salvador. La Madre de Cristo, la Virgen de África tan querida por el pueblo de Ceuta, nos hará avanzar en el amor al Señor. ¡Volvamos con María al Cenáculo! El Espíritu bajará sobre cada uno de nosotros y nos dará el poder de expresarnos en las lenguas que los hombres y mujeres de hoy necesitan para entender los misterios de Dios. Vivamos desde el Espíritu, en Pentecostés, que es vivir en el hoy de Dios, en la eterna sorpresa y juventud del Dios siempre mayor, que hace nuevas todas las cosas, para arder en el fuego del Amor de Dios y participar de la energía arrolladora de la Resurrección.

Queridos sacerdotes, consagrados y religiosos, laicos todos, matrimonios, jóvenes, niños: demos gracias por el don de la fe y por la Santa Iglesia, nuestra madre, y abramos el corazón a este derroche de gracia que el Señor nos otorga en este Año Santo. Que su gracia nos haga profundizar en nuestra vocación a la santidad para afrontar nuestra misión vivida en comunión, como un pueblo unido a Cristo, congregado por el en torno al sucesor de los Apóstoles. Vencamos la rutina y la inercia, el individualismo y el gregarismo, y que, con una conciencia limpia, busquemos entregarnos sin reserva por amor al que nos amó primero. Ofrezcamos ahora el sacrificio de Cristo en la Cruz, pues “al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra” (Flp 2, 6-11). Amen.